

Libros

NOVELA

La ilusión de Chesterton

‘Kassel no invita a la lógica’, de Enrique Vila-Matas

Ricardo Reques

Quizás, después de todo, el arte contemporáneo dependa más de la participación del espectador que de la del propio artista. Lo que intenta el artista de nuestros días es, más que nunca, persuadir al público para que experimente una vivencia única en el instante en el que se enfrenta a su obra, y, a la vez, despertar en él una actitud crítica hacia la sociedad actual, obligarle a distanciarse para ver los acontecimientos con una cierta perspectiva. Saber encontrar arte en cualquier rincón de la vida, buscar su significado y educar la curiosidad, son las propuestas que nos hace Enrique Vila-Matas en su novela *Kassel no invita a la lógica*.

Boston, una joven luminosa, consigue, mediante un pequeño engaño, que el narrador acuda a una cita nocturna para hacerle una propuesta original y literaria: participar como escritor invitado en la Documenta de Kassel, la ciudad que se convierte, cada cinco años, en el centro mundial del arte contemporáneo. Para este viaje al centro de la vanguardia, lleva en su equipaje un ejemplar de *Viaje a la Alcarria*, de Cela, y *Romanticismo*, de Safranski, pero a su memoria acuden, repetidamente, autores como Raymond Roussel, Nietzsche, Kafka o Walsler; sobre todo, Robert Walser, con quien comparte ese gusto por vagabundear, por recorrer largos caminos andando, por detenerse a reflexionar sin dejar de pasear. Como si fuera una penitencia, debe permanecer varias horas al día en una mesa, en el interior de un melancólico restaurante chino, escribir y atender a las personas que se acercan interesándose por su trabajo. Afortunadamente, el resto del tiempo puede dedicarlo a asistir a las numerosas intervenciones y performances dispersas por la ciudad con di-



Enrique Vila-Matas.

ferentes propuestas. Así, vive una experiencia sensorial cercana al enamoramiento al entrar en una habitación oscura y ser rozado por alguien, ligeramente, en un hombro. Y, en el interior del museo público más antiguo de Europa, siente el vacío al advertir una brisa artificial que le obliga a subirse el cuello de la chaqueta. Pero el arte contemporáneo representado en Documenta está también muy impregnado por la tragedia de un pasado cercano, y eso lo convierte en un arte gris y desasosegante. Tal vez mostrarnos esas siniestras sombras es una buena forma de decirnos que tenemos que ir hacia la luz. En la estación de tren, una música bella

y desconsolada trae el recuerdo lúgubre de las familias judías que allí mismo, incluido el propio compositor de la melodía, fueron deportados a campos de concentración. Junto a un bosque, un bello lugar con un gran lago, multitud de aves huyen enloquecidas ante un ficticio bombardeo aéreo, emulado por altavoces, que logra conmover a las personas que, calladamente, permanecen sentadas imaginando el horror de los abusos destruyendo su ciudad y parte de su futuro. El narrador termina su paseo por la vanguardia en un jardín deconstruido, una especie de estercolero con un penetrante olor a humus donde destaca la estatua de una mujer con un

panal de abejas por cabeza. Allí pasa una noche para descubrir que, en esa intervención, se podía resumir todo Documenta. El arte contemporáneo está vivo porque es capaz de sorprender y esto, de algún modo, tiene la suerte de devolver al narrador la confianza y la creatividad para seguir construyendo mundos nuevos. De forma paralela a su particular reflexión sobre la vanguardia artística, nos habla de literatura y de filosofía. Nos detalla, a veces con humor, sus procesos mentales, sus pensamientos y sus delirios. Nos habla de su estado físico, de cómo repercute en el estado mental; hay una mirada hacia atrás que produce extrañeza ante la irreversibilidad del tiempo; nos muestra su relación con el mundo, las dudas sobre decisiones que afectan a su vida, las barreras que la edad impone, el miedo a la soledad...

Chesterton dijo que “hay una cosa que da esplendor a cuanto existe, y es la ilusión de encontrar algo a la vuelta de la esquina”. Esta novela nos invita a esa búsqueda azarosa de lo nuevo, a estar atento a lo que sucede alrededor, en una calle, dentro de un autobús, en una exposición de arte o en las páginas de un libro. Por eso, para el narrador, el instante estético en el que contempla a Alka, con las piernas cruzadas haciendo un libro de Cela, es también puro arte. Se trata, en definitiva, de una novela optimista, llena de luz, donde literatura, arte y vida están unidas por la destreza de la pluma de Vila-Matas.



‘Kassel no invita a la lógica’. Autor: Enrique Vila-Matas. Edita: Seix Barral, Barcelona, 2014

Verdades a medias

Pedro M. Domene

Los ecos de Valle-Inclán, Fernández Flórez, Cunqueiro e, incluso, del mejor Torrente Ballester, resuenan en la fábula que Cristina Sánchez-Andrade (Santiago de Compostela, 1968) nos ofrece en *Las Inviernas* (2014), la historia de dos hermanas, Dolores y Saladita, que siendo aún niñas se vieron obligadas a abandonar la España posbélica tras las depuraciones y represiones del régimen, para volver muchos años después a su pueblo, Tierra del Chá, que a sus ojos se convierte en un lugar tan mágico como recóndito de la Galicia profunda y rica en leyendas, a donde llegan para reanudar una vida truncada en el pasado y, de alguna manera, recomponer parte del misterio en torno al principal personaje de su familia: el abuelo.

La aldea es tan pequeña que todos se conocen, guardan sus pequeños secretos y conviven envueltos en misterios sin aclarar, unos y otros ven cómo su existencia ha sido reprimida por un suceso ocurrido en el pa-

sado. Sánchez-Andrade conforma, sobre todo, un pintoresco daguerrotipo de personajes tan curiosos y llamativos, casos del cura don Manuel, el maestro Rosendo, o el no menos chocante y extraño Ternoamor, que oculta una singular condición y se dedica a restaurar dentaduras utilizando piezas arrancadas de cadáveres. A ellos se une la vieja vidente, Violeta da Cuqueira, cuyas artes se confunden con el escenario lúgubre, la pertinaz lluvia y el permanente olor a tierra húmeda, otro de los exponentes narrativo-descriptivos de este excepcional relato. Pero por lo que se ven rechazadas ambas hermanas es por un secreto relacionado con su abuelo Reinaldo, personaje no menos singular, cuando descubren que este estaba relacionado con la oscura compra de cerebros de los vecinos para su posterior estudio. Su presencia, por consiguiente, agita las conciencias de los lugareños al devolverles un pasado que se particulariza en algunos de ellos, la viuda de Meis, Tristán, el caponero o el niño Ramoncino y su inesperada muerte, acontecimientos con que se conforma el resto de la

novela. Incluso las Inviernas arrastran su propio secreto que pretenden olvidar una vez asentadas en la aldea, lejos de un pasado dejado atrás.

Sánchez-Andrade recurre a una alternancia temporal, presente y pasado, para situar las escenas que complementan a una narración lineal, las dos hermanas y su pequeño mundo, aunque no deja de constatar el destino de ambas y su relación con don Reinaldo, perseguido en los difíciles años de la represión y de la suerte que le llevó a la muerte, como otro más de los episodios sangrientos de que está salpicada esta novela. *Las Inviernas*, aunque abundan las escenas de sensibilidad y de ternura frente a la barbarie y horror, que se ven compensadas con esa moral estricta que impone la nar-

rador, y con el ejercicio y la destreza de una prosa extremadamente clara, elegante y directa que envuelve en la lectura al lector y no deja en ningún momento mal sabor de boca.



‘Las Inviernas’. Autora: Cristina Sánchez-Andrade. Edita: Anagrama, Barcelona, 2014